

Otros cuentos de transformación (Pascua)

[Grimm: El enebro – Los niños de oro – Juan Erizo – El borriquito – Los ducados caídos del cielo – La espiga de trigo](#)

[Otros: Los niños de la Reina Dora – La princesa y la liebre blanca – Las tres liebres – El origen del diamante – La hacendosa Lisa](#)

EL ESPÍRITU DE LA MONTAÑA

Cuento de Pascua 3º, 4º

A través de las desoladas montañas del Peloponeso serpentean muchos caminos estrechos y senderos que van de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Por un lado, a menudo están bordeados por rocas empinadas de varios metros de altura, y por el otro, la mirada del viajero se pierde sobre profundos abismos o, cuando las laderas se acercan más, sobre oscuras grietas en las que, durante la época de lluvias, rugen torrentes salvajes que saltan sobre rocas y piedras.

En uno de esos caminos, en la gris y desnuda pared rocosa que coronaba la montaña, había una gruta. Era un lugar solitario, donde rara vez pasaba alguien. Solo el grito de las águilas que rodeaban la cima de la montaña rompía el silencio. En esta gruta vivía un ermitaño, un hombre de ojos suaves y cabello gris. Pasaba su vida en oración por los pecados de los hombres, pidiendo a Dios misericordia, *"porque, oh Señor, no saben lo que hacen"* – así concluía siempre su oración.

El camino frente a su gruta, que pasaba junto a un profundo y oscuro barranco, era especialmente peligroso, ya que a menudo ocurría que de repente un fuerte viento descendía desde la cima, y ¡ay del viajero que en ese momento se encontrara en el camino! Tan violenta e inesperada era la ráfaga de viento que el pobre hombre inevitablemente perdía el equilibrio y caía al profundo abismo. A veces, el desafortunado lograba agarrarse a un arbusto y gritar desesperadamente pidiendo ayuda... Pero ¿quién podría ayudarlo en esa soledad? Sin embargo, había alguien: el ermitaño, el habitante de la gruta. Él conocía los trucos de la montaña. El gran silencio había agudizado tanto su oído que podía escuchar el agudo silbido que precedía al viento. Sonaba como si una criatura gigantesca estuviera aspirando el aire para llenar sus pulmones descomunales hasta reventar. Inmediatamente, el anciano corría a la entrada de la gruta y escuchaba con atención. Y si escuchaba una voz humana, corría con una cuerda en la mano hacia la dirección del grito. A muchos ya les había salvado la vida de esta manera. Y lo más maravilloso era que, como por arte de magia, el viento se calmaba en cuanto él salía. Junto a su gruta había construido un pequeño armario de tres paredes con piedras, y dentro había colocado un ícono de San Nicolás. Cada noche encendía una lámpara de aceite para el santo patrón de los viajeros, que debía guiar a los cansados caminantes hacia la segura gruta. Debido a esta bondad, el ermitaño era amado y venerado por los habitantes de los pueblos que a veces tenían que recorrer este peligroso camino. Su reverencia era especialmente grande porque se decía que en la cima de la montaña habitaba un espíritu maligno. Él era quien empujaba a la gente al abismo. ¿Y quién, sino un santo, podría protegerlos de tal

peligro? Sin embargo, el ermitaño no creía que estuviera haciendo algo especial, y agradecía a Dios por cada rescate, ¡tanto amaba a los hombres!

Una hermosa tarde de primavera, cuando todas las flores de la tierra parecían haberse reunido en Grecia, el santo hombre salió de su morada para agradecer a Dios con una oración por toda la belleza que el Gran Padre aún regalaba a los hombres. El aire estaba lleno de maravillosos aromas, las laderas de las montañas eran de un dorado amarillo o violeta por innumerables arbustos en flor, los valles parecían coloridas alfombras persas, intercaladas con algunos sauces rubíes llenos de amapolas. Anochecía, y el ermitaño vio en los pueblos lejanos bandas de luz en movimiento: era Viernes Santo, y allá abajo la gente seguía con sus velas la imagen de Cristo crucificado. El viento fresco llevaba hasta él los lentos y tristes golpes de la campana. El anciano se quedó afuera hasta que el último destello de luz desapareció. Luego entró en su gruta. Pero al hacerlo, se sobresaltó. Le pareció que algo se movía en la pared trasera, algo que parecía una enorme roca. El piadoso hombre se persignó. De repente, el suelo tembló bajo sus pies y una voz grave, como el retumbar de las profundidades durante un terremoto, llenó la gruta: *"No hagas eso... o tendré que irme. Y quiero hablar contigo"*.

"¿Quién eres?", logró balbucear el ermitaño. "Soy el que gobierna esta montaña y arroja a las hormigas humanas al abismo", fue la respuesta severa. "Vengo a preguntarte, ¿por qué y con qué fuerza me impides hacerlo? Cuando tú apareces, ¡soy impotente!".

El piadoso hombre aún no podía creerlo. *"¿Eres el espíritu de esta montaña?", tartamudeó.*

"Sí, lo soy", resonó la voz. "Así tengo que aparecer ante ti, de lo contrario tus ojos humanos no me verían". Y continuó con furia: "¡Os odio a todos, humanos! ¡Criaturas ingratas e indignas de confianza! ¡Habéis negado, expulsado y matado a los grandes dioses de Grecia!".

El ermitaño lo interrumpió: *"Los hombres son los hijos más jóvenes de Dios, y yo amo a mis hermanos, a pesar de todo. Solo Aquel que tú no conoces, pasó por la muerte por amor a nosotros, y resucitó. Su poder protege lo que hago en Su nombre, porque Su amor es grande"*.

"¿El amor?", preguntó el espíritu de la montaña. "Los hombres de mi tiempo también lo conocían. Pero el poder de tu Dios debe ser muy grande, eso lo veo, y por eso escucha. Te prometo: si puedes demostrarme que Su amor es el más grande, entonces me someteré a Él y dejaré en paz a los hombres".

Profundamente conmovido, el ermitaño miró suplicante la imagen de Cristo que colgaba sobre su lecho y se sentó debajo de ella. *"Que Dios me ayude"*, suspiró. "Te contaré algo. Una vez conocí a un viejo pastor que vivía no muy lejos de aquí, en uno de los pequeños pueblos, con su joven hija. Una

tarde, después de llevar el rebaño de vuelta a los habitantes de las casas encaladas, notó con horror que faltaba un corderito. Volvió a las montañas en busca del animal perdido. Pasó una hora tras otra, pero no regresó. Todo el pueblo ya dormía cuando su joven hija, que no podía contener su inquietud, fue a buscarlo. La luna brillaba intensamente, y ella conocía bien la zona. Pero todo su buscar y llamar fue en vano, hasta que llegó aquí. ¡Tú sabes lo que pasó!".

"Sí, lo soplé hacia el abismo", gruñó el espíritu. "Pero se agarró a un arbusto".

"Así fue", suspiró el ermitaño. "Y yo me había ido esa noche. Doy gracias a Dios por haber regresado justo a tiempo. La joven colgaba sobre el abismo, con una mano agarrando un saliente de roca y con la otra sostenía a su padre, que estaba semiinconsciente. No podía subirlo. Ya estaba exhausta y lentamente resbalaba con él hacia la profundidad". El ermitaño calló.

El espíritu de la montaña resopló impaciente. "Bueno, el amor de una hija. Eso ya lo he visto antes. ¿Nunca oíste hablar del rey Edipo y su hija?".

El ermitaño asintió. "Tienes razón".

El espíritu de la montaña rugió de risa, haciendo que el polvo cayera de las paredes de la gruta. "Te daré otra oportunidad", gruñó. "Mañana a esta hora me verás de nuevo", y con eso desapareció.

Al día siguiente, el anciano ya estaba sentado bajo el ícono cuando la gruta tembló como en un terremoto y el espíritu apareció. "¿Tienes algo mejor que contar que ayer?", preguntó burlescamente.

"Escucha y juzga por ti mismo", fue la respuesta tranquila. "Una vez hubo una guerra en este país, una guerra terrible. Terrible fue el sufrimiento del pueblo y de aquellos que luchaban con las armas. No solo peligros, sino también grandes privaciones tuvieron que soportarse. Dos amigos luchaban juntos en las primeras filas. Ya estaban exhaustos por el hambre, el frío y las noches sin dormir, cuando uno de ellos resultó gravemente herido. Pero lo peor estaba por venir: tuvieron que retroceder ante la superioridad del enemigo. Y como suele suceder en tales circunstancias, se produjo una gran confusión y el gravemente herido fue olvidado por todos. No, no por todos: su amigo lo buscó y lo encontró. Y este amigo, que apenas podía caminar, lo cargó sobre sus hombros y, jadeando y tambaleándose, lo llevó a través de las montañas desiertas, porque ya no podía alcanzar a los demás. Llegó por este camino. Cuando entró aquí, cayó inconsciente. Con la ayuda de Dios, pude salvar a ambos". El ermitaño calló. El espíritu de la montaña habló: "Eso es verdaderamente grande. Porque en

este caso no habla la sangre. Pero yo también he conocido amigos leales en los buenos tiempos. Aquiles y Patroclo, y otros".

El ermitaño bajó la cabeza. "Tienes razón", admitió.

"Vendré una vez más", prometió el espíritu de la montaña, "pero será la última vez. ¡Piensa bien!". Y con eso desapareció.

Era tarde en la noche del Sábado Santo. En los pueblos, la gente iba a la misa de medianoche. El anciano se arrodilló ante el ícono sobre su lecho: era demasiado tarde para ir a un pueblo y escuchar a medianoche en la iglesia iluminada la buena noticia: "¡Cristo ha resucitado!". Dios lo perdonaría, porque faltaba al servicio por una buena causa. Cerró los ojos y oró. Una sombra oscura se deslizó en la gruta. Una mano áspera agarró al ermitaño por el cuello, y él miró un rostro brutalmente distorsionado.

"¡Ríndete!", ordenó una voz ronca. "¿Dónde están las monedas?". Temblando, el anciano levantó las manos. "¿Qué dices, hermano? ¿Qué monedas? No tengo nada...".

Un puñetazo lo golpeó en la cara. "¡Sin excusas! ¿Y todo lo que la gente te da por salvarlos, dónde está?".

"Nada... nada", gimió el ermitaño.

El ladrón lo tiró al suelo y lo pateó. Furioso, registró la pobre gruta, pero no encontró nada. "¿Para esto vine a este maldito lugar?", gritó y golpeó como un loco al indefenso anciano. Luego salió corriendo de la gruta.

En ese mismo momento, el gravemente herido ermitaño escuchó el agudo silbido y supo lo que sucedería. La montaña tembló. Una violenta ráfaga de viento barrió el camino. Un grito desgarró el aire. El piadoso hombre se levantó, agarró la cuerda y tambaleándose salió afuera. Reinaba de nuevo el silencio. A lo lejos, sonaban las campanas de Pascua. "¡Cristo ha resucitado!".

Con sus últimas fuerzas, el ermitaño corrió hacia el abismo y le lanzó la cuerda al ladrón, que se aferraba a un arbusto. Apenas logró atar el otro extremo a un saliente de roca cuando cayó al suelo y su alma abandonó su cuerpo.

El ladrón subió jadeando, miró por un momento como petrificado al muerto, y luego salió corriendo gritando.

El alma del santo flotaba sobre su cuerpo.

El espíritu de la montaña habló: "¿Puedes verme?".

El alma respondió: *"Sí, ahora te veo como realmente eres"*.

El espíritu preguntó: *"¿Por qué hiciste eso? Él casi te mata. Yo quería vengarte"*.

"Ama a tus enemigos, eso me enseñó Dios", respondió el santo.

Hubo un silencio. Luego, el espíritu de la montaña habló de nuevo: *"Esto es más grande que todo lo que he conocido. Cumpliré mi promesa. ¡Adiós!"*.

"Paz contigo", dijo el santo.

A lo lejos, sonaban las campanas de Pascua.

Aportación de Patricia Juárez M.